

CHANGO OLUFINA ALAFIN DE OYO

TRAGEDIA DE ORICHAS AFROCUBANOS

TRES ACTOS

En 1958 sin conocimientos de dramaturgia, aunque ya haciendo mis incursiones en el mundo cultural, a los catorce años escribí mi primera obra teatral y ya "envenenado" por el teatro al año siguiente en enero de 1959 escribí una tragedia llamada "Iroko" inspirada en un mito afrocubano. Esta obra surgida por la influencia de mi familia negra que practicaba la Santería, y eran informantes de Lidia Cabrera, Fernando Ortiz, Rómulo Lachatañeré. Isaac Barreal e Isaac León -muchos de los cuales moldearon mi pasión cubana-, fue la responsable de mi carrera como dramaturgo y teatrera profesional, ya que el folclorista Fernando Ortiz al leerla la dio al etnólogo Isaac Barreal, que se la dio al musicólogo Argeliers León, que la entregó al dramaturgo Fermín Borges, en aquel momento director del Departamento de Teatro del Teatro Nacional de Cuba, lo que hizo que me dieran una beca en el recién creado Seminario de Dramaturgia dirigido por la escritora Mirta Aguirre, la cual junto con Borges la eligió para la apertura inaugural de la sala "Covarrubias" del TNC en la entonces Plaza Cívica de La Habana. Pero el grupo de miembros del Partido Socialista Popular dirigido por Vicentina Antuña, que controlaba el Consejo Nacional de Cultura, junto con la directora del TNC Isabel Monal, se opuso por las connotaciones religiosas de la obra. En tres diferentes ocasiones fui detenido por la Seguridad del Estado, mi casa registrada y todos mis manuscritos incautados, en cada una de ellas perdí un manuscrito de "Iroko" hasta finalmente quedarme sin ninguno. Muchos años después ya en el exilio volví a rescribir esta -así como otras- con los jirones de la memoria, pero al no escapar a mi madurez como dramaturgo el resultado tenía nuevos elementos, así que sabiendo que ya no era la misma obra decidí darle un nuevo título. El mito de Iroko repite en Changó y Ogún la historia de los infortunados hermanos de Tebas, Oyá recuerda las consecuencias del rapto de Helena de Troya, y la trágica Iyemú es nuestra Yocasta afrocubana. Igualmente termina en un Deus et Machina pues todas las historias -"patakís"- afrocubanas terminan con la intervención de los Orichas y de ellas se desprenden moralejas para que los hombres eviten caer en esas situaciones. En toda mi obra la temática afrocubana es abundante, y no comprendo con la enorme influencia negra que tenemos por qué su escasa manifestación en la literatura cubana de ambas orillas. Quizás los que resguarden mi cuantiosa obra anónima, después de mi muerte puedan regresarla a una nueva Cuba y si se salvan del fuego para borrar la incriminatoria Historia, encuentren los viejos manuscritos secuestrados entre los dossier en los sótanos de la Seguridad del Estado, si no esta versión regresará al canon de una única literatura cubana sin falsas escisiones de dos orillas, cerrando así en la tierra natal el ciclo con que se inició.

PERSONAJES: ORULA (Oricha de la adivinanza)

OBATALA IBAIBO (Oricha de la paz)

IYEMU (Oricha del silencio)

OGUN ARERE (Oricha del monte y del hierro)

ELEGUA OLUFE (Oricha de los caminos)

OSUN (El gallo)

CHANGO OLUFINA (Oricha de la guerra)

YEMAYA MAYALEWO (Oricha del mar)

OYA OBINIDODO (Oricha del cementerio)

VOZ DE IROKO (La seiba, casa de los Orichas)

VOZ DE OLOFI (Oricha Mayor Padre de Todo)

VOCES DEL MONTE

ACCION: EN EL MONTE CUBANO.

PRIMER ACTO

OSCURO. TAMBORES. ORULA ENTRA CON UNA VELA ENCENDIDA, LA ESTERA DE PAJA Y LOS CARACOLES. EN UN EXTREMO DEL PROSCENIO TIENDE LA ESTERA SOBRE LA QUE SE SIENTA.

ORULA: (Al público.) Fu mi lo owo yoko en awa soro; vamos a sentarnos en la estera para hablar. Abre el ojo del corazón, abre el oído del corazón, abre la lengua del corazón, abre el corazón de la cabeza. Entonces podrás entender muchas cosas más allá de los misterios. Pues de los Orichas se aprende, del coco se aprende, del caracol se aprende, del Ifá se aprende. Primero fue Olofi, Olorum, Babami Grande de los muchos nombres. Después salió de su mano derecha la luz y de la izquierda la oscuridad, la salud y la enfermedad, el dinero y la pobreza, la vida y la muerte, sus hijos los Orichas. Todo en la vida tiene su derecha y su izquierda. La vida es un batallar para ambos lados. Olofi dijo: "¡Los humanos tienen que aprender de la vida!". Así inventó el patakín; la historia que enseña. Ló ibo ei aché mi kola Olofi efeín Aladeo aché mi. ¡Ay Olofiñeñé tú eres grande! Como los Orichas necesitaban quien les diera de comer y le rindieran mo foribale, Obatalá creó a los humanos soplando sobre el fango; igualito que él los hizo. Por eso los Orichas se pierden como los humanos y uno es espejo del otro. (Llanto de Iyemú. Se persigna) De la pena se aprende; ¡llanto evita llanto! (Luz a Iyemú cubierta por el largo velo blanco.)

IYEMU: ¡Ay mi omokenké; mi hijo lindo, mi ilé; mi casa! (Se apaga la luz sobre ella.)

ORULA: Iyemú; la Iyá; la madre triste. No siempre fue así. No había nadie más pura ni bella. Olubiyé su padre se la dio por esposa al Alafin; el rey. (Luz a Obatalá en su trono.) Obatalá Ibáibo dibeniguá binike alá loláa afiyú Ocha ai lála abi coco alá rú mali le. Un Obatalá tan viejo como la palabra, arrugado como la vida, que tenía un güiro lleno de sabios misterios. Por ser el más viejo y sabio era el Oricha de la paz, la justicia, la sabiduría y todo lo blanco. (Entra Iyemú sin el velo, lleva sobre la cabeza una cesta

de palma que le presenta a Obatalá, que complacido da el visto bueno a las frutas.) Olofi les había dado un pequeño hijo. (Luz a Elegua jugando con unos juguetes.) Elegua alaroye akí loyú barabá Eshú boro boro Eshú Bí Eshú bochiché Eshú bara Barakikeño; retozón, de ojo abierto, siempre metido pon los rincones, escondido detrás de las puertas. También Olorum les había dado un hijo grande. (Luz a Ogún afilando su machete.) Ogún chibirikí alá aliuo Kóbu Oké Baba mi siú birikícialo to ni guá; forjador del hierro, hermoso como el ébano. Dicen que eran muy felices. (Tenue luz general. Ogún va hacia Obatalá pero Elegua se le adelanta y va a tomar la mano de Obatalá que se levanta, pero Obatalá toma la de Ogún. Elegua va a tomar una fruta de la cesta pero Iyemú se las ofrece a Ogún. Elegua sale cabizbajo siguiéndolos.) Bueno, así les parecía a todos... Para verle la cara a la verdad hay que ir al corazón de las cosas, el orí; la cabeza, donde se traza el destino. (Tira los caracoles en la estera.) Sólo los caracoles saben la verdad. (La luz sube. En la puerta Osún vigila.) Osún, el gallo vigilante que alertaba a Obatalá Ibáibo de todos los peligros, le contaba todo lo que pasaba bajo su techo, lo que había pasado cuando el Alafín se ausentaba para recorrer sus tierras. (Entran todos. Obatalá lleva la sombrilla real y el rabo de caballo que es su cetro.) ¡Se ve que Obatalá Obáibo era rey!

IYEMU: (Dándole un cesto a Obatalá.) Le prepare para el viaje guanábanas, piñas, maíz, merengue y tabacos

ELEGUA: (Dándoselos.) Babá; le traje este coco y un ñame.

OGUN: (Igual.) Babami; acepte esta paloma blanca para que su sangre la corte la sed.

OBATALA: Olofi me ha premiado con una familia de oro! ¡Vigila bien Osún! ¡Mi ilé y mi familia es el mejor tesoro que tengo!

OSUN: ¡Ki ki ri ki! Tendré los ojos bien abiertos.

OBATALA: Regreso en cinco días. Ogún, la luz de mis ojos, te quedas al frente del ilé. ¡Todos tienen que obedecerte! ¡Eres mi voz!

OGUN: Váyase con confianza Babá que aquí está Ogún Arere.

ELEGUA: (Empuñando el garabato; una rama.) ¡Le abro el camino Babá!

OSUN: ¡Ki ki ni ki! Y yo se lo vigilo.

OBATALA: (Moviendo el rabo sobre todos.) ¡Que la paz de Obatalá Obáibo caiga sobre todas las cabezas! (Van saliendo. Delante marcha Elegua abriendo el camino con su garabato, Osún les sigue. Iyemú descascara arroz en el pilón. Ogún toca el trono y vencido por la tentación se sienta imitando a un rey. Mira a Iyemú.)

ORULA: (Al público.) ¡Quién sabe la candela que consume un corazón! (Tira los caracoles.) Ogunda! Ogunda ita, ofé ra ye ofo osun, eba nsun ekemi. ¡Pelea en la casa! (Entra Elegua.)

ELEGUA: ¡Iyá mio!

OGUN: No molestes a tu Iyá Elegua. Quédate tranquilo en un rincón jugando con tus juguetes. Te daré un ratón bien gordito.

ELEGUA: No tengo hambre. ¡Quiero jugar con la Iyá!

IYEMU: Recuerda lo que dijo Babá; ¡tienes que obedecer a tu hermano!

ELEGUA: (Se sienta en la penumbra.) ¡Sólo tiene ojos para Ogún carajo! ¡Ya me estoy cansando! ¡Yo soy Elegua alároye Eshú Beléke Baraliyke!

OGGUN: ¡Mujer!

IYEMU: (Grita.) ¡Ay, que susto! (Entra rápidamente Osún vigilando por todos lados.)

OSUN: ¡Ki ki ri ki! ¿Qué pasa, qué pasa?

IYEMU: No es nada Osún. Creí que un hombre extraño se había metido en el ilé. (Osún sale.)

OGUN: ¡Como un hombre te he llamado!

ELEGUA: ¿Qué manera es esa de hablarte a tu Iyá?

IYEMU: ¡Mujer! Hacía tiempo que nadie me llamaba así.

OGUN: Eres joven y hermosa. Babá tiene más de cien años. Tu cama está fría, tu cuerpo está hambriento, tu corazón está vacío.

IYEMU: Lo se, pero soy Iyemú la pura. No puedo ni siquiera imaginarme...

OGUN: Que un brazo joven y fuerte te queme la cintura...

ELEGUA: ¿Qué le pasa a Ogún? ¡Está hablando con su Iyá!

IYEMU: Pero te tengo a ti mi omokenke; mi hijo hermoso. ¡Eres la luz de mi vida! La fragua te ha endurecido el cuerpo de hierro, tu palabra es suave, en tus ojos las mujeres se pierden. Todas quisieran... ¡Mi niño!

OGUN: ¡Soy un hombre!

IYEMU: Lo sé, pero siempre te miraré como el niño que salió de mi vientre. Me entristece pensar que algún día dejarás el ilé para marcharte con tu vida. Desearía cuidarte, mimarte como ninguna mujer lo hará jamás, tenerte para siempre.

OGUN: ¡Y me tendrás Iyemú! Pero no como un niño. ¡Soy un hombre! (Se abre la ropa y le muestra el pecho.) ¡Ogún Arere!

ELEGUA: ¡Esto no me está gustando (Saliendo.) ¡Osún, Osún!

IYEMU: Te hice maíz tostado. ¡Mi negro lindo va a chuparse los dedos! (Sale.)

ORULA: (Leyendo los caracoles.) ¡El hombre sabio combate sus demonios! (Ogún va a él.)

OGUN: ¡Iyemú me ama!

ORULA: ¡Cómo una madre buena que está orgullosa de su hijo!

OGUN: Siempre me ha protegido contra la severidad de Babá, me ha salvado de sus castigos cobijándome entre sus brazos suaves, apretándome contra su pecho oloroso a manteca de cacao, haciendo que el olor de su cuerpo se quede metido en mi corazón. Si me ve triste me dice palabras que cantan, me satisface dándome todo lo que quiero, me cuida más que a Obatalá. Se que haría por mí lo que no haría ni por el Babá. Cuando va a bañarse al río el agua repite su nombre, el monte la saluda, los árboles les ofrecen sus frutos, los tambores le cantan... ¡Es que es la mujer más hermosa de todo Oyó. Un día la vi desnuda bañándose en el río y...

ORULA: ¡Cállate! ¡Estás leyendo el caracol al revés!

OGUN: Antes todo era tan distinto. Jugaba con Elegua, me iba de caza con Inle, me gustaba pasear junto a Babá en mi caballo... Pero ahora que me ha crecido el cuerpo, me han salido pelos en la entrepiernas, es como si de pronto el mundo fuera distinto; puedo oler el perfume del aceite de coco en las cabelleras de las mujeres, el canto de sus manillas me despiertan la carne, mis ojos resbalan por sus nalgas, mis dedos tienen hambre de tomarlas por las cinturas, en los sueños sus cuerpos desnudos se me ofrecen... ¡Y mojo la cama!

ORULA: ¡Olufina sea bendito! ¡Ya eres un hombre!

OGUN: ¿Esa picazón del deseo es la hombría? ¡Me da miedo! ¡Es una candela muy fuerte! Me está quemando la cabeza todo el tiempo...

ORULA: Sabrás meterla en el yugo. Los humanos caminan con pasos ciegos hasta que van sabiendo como no caer. ¡Así se aprende que todo tiene su sitio! Que hay cosas que son okana; ¡están prohibidas! Y es mejor ni acercárseles... (Se escucha el canto de Iyemú. Ogún corre a las penumbras.)

OGUN: (Se tapa los oídos.) ¡La Iyá me hierve la sangre como el hierro derretido! Bien que trato de alejar esos pensamientos como pájaros de mal agüero, me baño en las frías aguas del río para que me aplaquen la carne. ¡Pero mi fragua no se apaga! Recuerdo cómo camina, cómo se ríe, cómo se vislumbra su cuerpo bajo la ropa... La cabeza me dice que no pero el corazón me dice... ¡Esto que siento es más fuerte que yo! (Iyemú entra con las mazorcas tostadas.)

IYEMU: Mi omokenke lindo. No hay nada que no haga para complacerte.

OGUN: ¿Sabes que tengo sueños...

IYEMU: (Sonríe.) Lo sé. He visto tu cama... Pronto te acercarás detrás a las mujeres en la plaza.

OGUN: ¿Cómo?

IYEMU: Aprenderás. Nadie nace sabiendo. La juventud te guiará el cuerpo. Te llegó la primavera.

OGUN: ¿Por qué no me enseñas lo que me espera? Debes protegerme y guiarme en la vida. ¡Enseñame lo que es tener una mujer entre los brazos! (La abraza.)

IYEMU: (Se zafa) ¿Qué haces hijo? ¡Ese fuego me quema!

OGUN: Es la mejor prueba que me puedes dar de tu amor. ¡No quiero que ninguna extraña me abrace!

IYEMU: ¡Pero soy tu madre!

OGUN: ¡Las madres son también mujeres! Es el mismo amor. ¡Demuéstramelo! (Hay un ligero forcejeo donde busca besarla. Entran Elegua y Osún.)

ELEGUA: ¡Te lo dije!

OSUN: ¡Ogún! ¿Por que abrazas así a tu Iyá? (Ogún la suelta. Iyemú sale confusa.)

OGUN: ¿Quién eres tú para preguntarme nada? ¡Soy Ogún Arere!

ELEGUA: ¡Osún es los ojos de Babá!

OGGUN: ¿Y tú quién eres entrometido?

ELEGUA: Yo me encargo que haga bien su trabajo!

OGUN: Así que eres tú quien me vigila y corres a avisarle a Babá para que me regañe. ¡Siempre me has tenido envidia! ¡Entrometido, chismoso, enredador...

OSUN: ¡No le hables así que Elegua es tu hermano!

ELEGUA: ¡Tu corazón se está volviendo de hierro! ¡Y eso no me gusta!

OGUN: ¡A mí qué me importa lo que no te gusta! (Sale.)

ELEGUA: ¡Abre los ojos Osún! ¡Algo extraño está pasando en este ilé! (Apagón. Luz a Orula.)

ORULA: (Al cielo.) ¡Ay Olorum padre todas las cosas! Si uno pudiera detener los malos pasos. Pero Orichas y hombres se tejen ellos mismos la existencia. (Al público.) Esa tarde Ogún mojó un aguardiente una fuente con maíz fresco. (Luz a Osún vigilando. Entra Ogún con el maíz.)

OGUN: Mi buen Osún. Siempre vigilando para nosotros. No tienes ni tiempo para andar detrás de las gallinas. Para demostrarte mi agradecimiento mira lo que te traje.

OSUN: ¡Ki ki ri ki! ¡Aggudo! ¡Mazorca de oro!

OGUN: Es todo tuyo para que lo disfrutes.

OSUN: ¡Qué sabroso huele! ¡Pero tengo que vigilar el ilé!

OGUN: Yo lo haré por ti para que puedas comer.

OSUN: ¡Ogún Arere sabe tratar a sus amigos! (Come. Ogún sonríe. Se proyecta la sombra desnuda de Iyemú que canta mientras se baña. Ogún lucha consigo, se cubre los oídos, se tapa el rostro. Osún cacarea, baila y aletea borracho. Entra Elegua.)

ELEGUA: ¡Osún estás borracho! (Osún ríe.)

OGUN: Es el calor que le confunde la cabeza. Cuando se vaya el sol se sentirá mejor.

ELEGUA: ¡Pero eso será bien tarde!

OGUN: Sal al camino y ponte en la esquina a vigilar hasta que Osún se recupere.

ELEGUA: ¿Quién cuidará el ilé?

OGUN: ¡Yo! ¡Vete! (Elegua no se mueve.) Si me desobedeces cuando regrese Babá... (Elegua se marcha cabizbajo. Osún cae dormido. Ogún se dirige afuera donde se proyecta el cuerpo desnudo de Iyemú. La luz va bajando.)

IYEMU: (Off) ¡Hijo! ¿Qué haces? ¡No, no, nooooo... (Luz a Orula.)

ORULA: (Al público.) ¡Cuando el caballo de la carne se desboca! Desde entonces, cada vez que Obatalá Obáibo salía de viaje... (Risa embriagada de Osún.) Ogún emborrachaba a Osún, cerraba la puerta del ilé dejando afuera en las esquinas al pobre Elegua Elufé pasando trabajo; bajo la lluvia, con frío, con hambre... Así pasó tanto tiempo que se fue perdiendo la cuenta.

OBATALA: (Entrando.) Mo yuba olúo Orula, aché babalaocha.

ORULA: Mo yuba Obatalá Ibáibo aché babalaocha. ¿Qué hace un alafin en mi pobre casa?

OBATALA: Quiero que me leas el itá. ¡Algo está pasando! Los negocios no me van muy bien, la gente ya no viene a mi ilé a traerme los tributos. En mi barbacoa casi no queda arroz, ni maíz, ni ñames. Hace tiempo que nadie me deja en la puerta un animal para que beba su sangre, nadie toca los tambores para mí, no me regalan merengues en la plaza... Quiero saber por qué. Aquí está tu derecho. (Le da el dinero.) También te traje tabaco, aguardiente y unas velas.

ORULA: Veremos qué dice el dilogún. (Tira los caracoles. Silencio.)

OBATALA: ¿Y esa cara?

ORULA: Dice Itá que Elegua te tiene cerrados los caminos.

OBATALA: ¿Por qué mi omokenke me hace eso? (Luz a Elegua temblando baja la lluvia. Se apaga.)

ORULA: Elegua anda botado por las cuatro esquinas. Está andrajoso, apestoso, hambriento. La gente ve eso y no quiere cuentos con un mal padre. ¡Y mucho menos con un alafin! ¡El que no cuida su casa cómo va a cuidar la del vecino!

OBATALA: ¡Yo se lo doy todo a mis hijos! ¡Jamás los he botado para la calle! No sé por qué Elegua está así...

ORULA: ¡Habló el caracol! Si no arreglas eso con Elegua se te seguirán cerrando los caminos. Tienes que hacer un ebó con cuatro palomas blancas, dos huevos de codornices untados en manteca de cacao, bañarte con yerba lechosa, llevarle tres ratones y tres cestos con comida a tu hijo. Abrele tu corazón y escúchalo. Siempre lo has echado a un lado porque Ogún es tu preferido. Su luz oscurece a Elegua.

OBATALA: Estoy viejo, cansado... La corona y las obligaciones de ser alafin ya me están pesando demasiado. Por eso trato de enseñarle a Ogún cómo ser un buen alafin. Además Elegua es apenas un niño y ya tendrá tiempo para...

ORULA: No le puedes negar el cariño a tu hijo para dárselo cuando sea muy tarde. Su corazón se habrá endurecido y huirá de tus brazos. Ya piensa que no lo quieres... Pero estás a tiempo.

OBATALA: No me había dado cuenta. Ya vez que hasta el Oricha de la justicia se equivoca. Un padre que crea cuchillos entre sus hijos es un mal padre. Espero que Elegua me perdone.

ORULA: ¡Quítale los harapos y dale ropa nueva, sécale la lluvia, ponle aceite de palma en la piel reseca por el sol, déjalo que coma hasta que se reviente... ¡Y dale tu corazón! Los niños no guardan rencores como los hombres.

ORULA: ¡Y haré ebó para que Olofi me perdone! (Va a salir.)

ORULA: ¡Espera! (Mirando los caracoles.) ¡Lo que tiene que decirte es muy feo! Pero eres el Oricha de la paz. ¡Que Olufina te acompañe! (Obatalá sale. Al público.) Elegua debía tener una infancia alegre con sus juguetes, retozando por los caminos, pero le tocó ser testigo del pecado de sus mayores. ¡Tiene el corazón sangrando! Orichas y hombres alteran el orden natural de las cosas, sin importarles el daño que hacen a los otros. ¡El mundo está roto Gran Olofi! (Luz a Iyemú que entra con la tinaja en la cabeza. La pone en la estera, se arrodilla, toma una güira para beber, la destapa y se escucha el bramido furioso que sale de adentro. Iyemú retrocede espantada.)

IYEMU: ¡Ahora me avisa el agua! Desde hace varios días están pasando cosas muy raras; los ñames se pasan toda la noche hablando, el bejuco se cuela por la ventana y sube a mi cama, hago sopa de codornices y salen volando de la cazuela, toco la leche y se corta. ¿Que es lo que va a pasar Gran Olodumare? ¡Este ilé está maldito! ¿Qué puede hacer la madre, qué puede hacer la mujer? ¿Por qué tengo que ser la piedra que soporte

tanto dolor? ¿Qué mal estoy pagando siendo mujer? Obatalá regresa y se acuesta tranquilamente, Ogún se va a machacar el hierro... Pero yo me destrozo por dentro todo el tiempo! ¡No puedo más! Y a la vez que quiero que suceda algo me da miedo que suceda. ¡La mujer no era muy feliz pero al menos la madre tenía su ilé, mi familia! Ahora todo está en peligro. (El agua brama, mira adentro de la tinaja y la tapa rápidamente.) ¡Ya no me puedo ni mirar en el agua, tengo tapado los espejos... No quiero mirar este rostro culpable. Estos ojos me buscan para mostrarme su desprecio. (El agua brama. Mira alrededor temerosa.) ¡Cállate que te van a oír! ¿Por qué apenas Ogún abandonó el lecho de la mujer, la madre no corrió a denunciarlo... (Apretándose el vientre.) ¿Por qué fuiste tan avariciosa en querer defender a tu hijo pese a todo... ¿Es que para ser madre hay que ser ciega, muda, sorda? ¿Y tú mujer por qué no trancas con cien candados tu habitación sabiendo que Ogún viene en camino? ¿Por qué no te rebelas y le arrancas los ojos con las uñas, lo muerdes como una bestia herida? ¡La madre sabe por qué! ¡Sus caricias llenan las que Obatalá no te da, sus amorosas palabras en tu oído te regocijan a la hembra, su cuerpo sobre el tuyo te hace disfrutar! (Destapa la tinaja y se mira.) ¡Iyemú la puta! (Cae al piso gritando.) ¡Iyemú mala madre! ¡Que la lepra te consuma para que no quemes más la carne de tu hijo! (Tambores.) ¡Regresa Obatalá! (Se incorpora recomponiéndose.) ¡Si me ve así comenzará a hacerme preguntas... ¡Y si Ogún... (Toma la tinaja y sale. Luz general. Osún se despierta al oír los tambores y torpemente por la borrachera se pone a vigilar. Entra Obatalá seguido de Elegua.)

OSUN: ¡Bienvenido Obatalá Ibáibo tasi Obada boda badanera yé okúlaba okuala aché alobo aché omó aché ku Babá!

OBATALA: ¿Cómo está mi casa?

OSUN: Como la dejaste... (Obatalá mira a Elegua.)

OBATALA: Puedes irte a descansar. (Elegua le indica a Obatalá el paso embriagado de Osún que sale. Entra Iyemú cubierta con un pañuelo blanco y un plato de barro con comida.)

IYEMU: ¡Bienvenido a tu ilé marido!

OBATALA: ¿Por qué Elegua parece un mendigo? (Se le cae el plato a Iyemú. Elegua come ávidamente la comida en el piso.) ¡Responde!

IYEMU: No me había dado cuenta. ¡Hay tanto que hacer en el ilé! (Va a pasarle el pañuelo por los pies a Obatalá que se lo quita y limpia a Elegua.)

OBATALA: ¡Baña y dale de comer a tu omokenke! ¡Y ponle su mejor ropa negra y roja!

IYEMU: Como tu digas marido... (Se lleva a Elegua.)

OBATALA: (Alza las manos al cielo.) ¡Ay Olofi! Así me castigas el haber sido más rey que marido y más marido que padre. Mi ilé se enfría cuando me marché a recorrer mis dominios. Pero yo soy la paz. Sólo sabiendo cómo vive y piensa mi gente puedo evitar el descontento, hacer justicia, evitar las guerras. ¡Y mientras tanto mi casa se destrozaba! ¡El hierro de la traición empuñado por mi propio hijo! ¿Iyemú es carnero para cuchillo o acaso disfruta en los brazos de su hijo? ¿Qué hago Olufina? Soy la

justicia pero sé que eso será el final de todo. ¡Cómo quisiera ser un simple labrador y vivir en un bohío! (Entra Ogún.)

OGUN: ¡Babami! ¡Bienvenido a tu ilé!

OBATALA: ¡Nunca olvides que eres mi omó; mi hijo!

OGUN: ¿Por qué me dices eso Babá?

OBATALA: Para que nunca lo olvides.

OGUN: ¡Nunca lo olvido! Le he estado forjando una corona nueva. ¡Va a ser la envidia de los demás alafin!

OBATALA: ¡Envidia! Cuánto quisiera tener tu edad, que me hirviera tu sangre, tener ese cuerpo musculoso que vence al hierro, ese paso de león que despierta los ojos de las mujeres, esa sonrisa que abre corazones.

OGUN: Babá tiene la sabiduría de sus misterios.

OBATALA: ¡No siempre la sabiduría nos detiene a la bestia que llevamos adentro!

OGUN: Babami está cansado. (Le da su brazo que Obatalá no toma.)

OBATALA: Mañana tengo que volver a salir. Será un viaje muy largo de varias semanas.

OGUN: (Trata de ocultar su alegría.) ¿Tanto tiempo?

OBATALA: Confío en... Confío en ti...

OGUN: ¡Como siempre Babá! Será mejor que descanse en su cama de blanco y suave algodón. (Se lo lleva. Baja la luz. Luz a Orula.)

ORULA: (Tira los caracoles.) ¡Ouani-Oyioloson! Oguani chobé abe warisa chi ché awo ibo ayeyú arawá che mi ché dané lodu kana mofo teni! (Al público.) ¡Venganza grande! Si se pudiera evitar... ¡Pero lo que se rompe no se compone! ¡Que Olofi se apiade de nosotros! (Canto de Osún. Luz de la mañana. Entran Obatalá con la sombrilla real, Iyemú que le da el cesto de palma, Ogún le pone su capa blanca, Elegua con ropa nueva y detrás Osún.)

IYEMU: ¿Tienes que irte marido?

OGUN: ¡Babá tiene sus obligaciones de alafin!

ELEGUA: ¡No se vaya Babá!

OBATALA: Que más no quisiera que quedarme y acabar con el frío de esos largos viajes. Pero soy Obatalá Ibáibo Orichanla y debo de atender a mi pueblo. Estay atrapado entre el deseo y el deber.

IYEMU: ¡Quédate! ¡Te lo suplico! ¡Te haré merengue, te cocinaré una paloma blanca!

OGUN: ¡No insistas Iyá! Babá quisiera quedarse pero el alafin tiene que irse.

ELEGUA: ¡No nos abandone!

OSUN: ¡No se preocupe Babá que yo vigilo!

OBATALA: ¡Ay Olofi! ¡Los hombres justos no debían llevar corona! (Sale. Osún vigila. Iyemú se lleva a Elegua. Baja la luz. Tambores. Luz a la seiba en el camino a la que se acerca.) ¡Terewama Iroko-Iroko, fumi arére terewama Iroko Asaba! Iroko; la seiba, Iggi-Olorum; casa de Olorum, Iggi ocha; casa de los Orichas. Aquí está Obatalá Ibáibo, postrado ante tus santas raíces. Haciendo ebó... (Pone la cesta a sus pies.) Pagándote tu derecho... (Pone unas monedas) ¡El corazón de Obatalá está adolorido! (Sonido de vientos y ramas.)

VOZ DE IROKO: ¡Qué quieres de mí Obatalá Ibáibo?

OBATALA: Tengo que ver qué pasa en mi ilé. Déjame esconderme entre tus ramas. Desde ahí podré ver lo que sucede en mi ilé.

VOZ DE IROKO: ¿Qué hace un alafin todopoderoso escondiéndose como un ratón? Tienes fama de justo. Eres incapaz de nada malo.

OBATALA: ¡No me preguntes! Desde lo más hondo de mi corazón te pido que me ayudes.

VOZ DE IRIKO: Te acogeré entre mis ramas y te esconderé de los ojos. (Fogonazo verde. Obatalá desaparece en la seiba. Baja la luz. Luz a la casa. Iyemú está afuera trabajando. Ogún embriaga a Osún con el maíz, bota para afuera a Elegua, toma a Iyemú de la mano y la mete a la fuerza en la casa. (Se desata lentamente la tormenta que llegará al climax. Se escucha el bramido del agua, los pájaros espantados, las ramas de Iroko. Tambaleante y abatido Obatalá sale de Iroko.)

OBATALA: ¡Bendita la palabra de Elegua que habló verdad! ¡Qué desgracia! (Se tambalea y agarra de una rama de Iroko.)

VOZ DE IROKO: ¡Toma este bastón! (Cae una rama que Obatalá usa como bastón.)

OBATALA: Nunca olvidaré este favor Iroko; casa de los Orichas. (Orula tapa los caracoles con un pañuelo blanco. Mira a Obatalá y se santigua. Obatalá va sigiloso a la casa. Elegua lo ve, le hace señas de no hacer ruido. Osún duerme la borrachera. Golpea la puerta con la rama.) ¡Abran la puerta! ¡Es Obatalá Ibáibo!

ELEGUA: ¡Abran la puerta!

OSUN: (Despertándose.) ¡Ki ki ri ki! ¿Qué pasa? ¡Babami! (Se arrodilla ante Obatalá. En la casa entra Iyemú cubriendo su desnudez con una sábana blanca.)

IYEMU: ¡Pasó lo que tenía que pasar! (Ogún entra poniéndose los pantalones.)

OGUN: ¡No abra Iyami! ¡La culpa es mía! ¡Yo soy un hombre! Tengo que tener cojones para enfrentarme a mis acciones! (Abre la puerta. Obatalá alza la mano, cae a sus pies.) ¡No me maldiga Babá! ¡Yo mismo sé mi castigo! ¡Ogún Arere ala akuá bele niyé ko mo kaché kobu oké Agbaniyé; se refugiará para siempre en la espesura del monte a trabajar el hierro día y noche!

OBATALA: ¡Tú mismo lo has dicho! Ahora vete de mi casa! (Ogún mira a Iyemú y sale cabizbajo. Iyemú se tira a los pies de Obatalá.)

IYEMU: ¡Ten piedad de tu hijo!

OBATALA: ¿Está hablando la iyá o la mujer de Ogún?

IYEMU: Mi único pecado es haber sido madre. Todo lo acepté para proteger a mi hijo, que mi ilé no se rompiera, que el dolor no nos mordiera el corazón a todos.

OBATALA: ¡Pues no has podido detenerlo!

IYEMU: ¡Perdóname! Eres mi esposo, el padre de mis hijos, el Oricha de la paz.

OBATALA: Siempre quedará entre nosotros la sombra de si disfrutabas como mujer el cuerpo de tu hijo. ¡Habla! (Iyemú calla.) ¡Ni tú misma lo sabes!

IYEMU: (Tocándose el vientre.) ¡La semilla de Ogún... Tu nieto...

OBATALA: ¡Maldito! Se marchará pero su manch aun quedará entre nosotros. No te maldigo porque aun eres la madre del único hijo que me queda. ¡Pero si nace un varón yo mismo lo enterraré vivo al pie de Iroko!

IYEMU: ¿Cómo puedes hablar con tanto odio? ¡Eres la paz!

OBATALA: ¡Ahora soy una fiera adolorida! ¡Mi palabra es ley! Vete de mi presencia que no te quiero ver.

IYEMU: No te preocupes. Cubriré mi vergüenza ante el mundo para siempre. (Se cubre con la sábana y sale adolorida.)

OBATALA: Y tu Osún...

OSUN: (Tembloroso.) ¡Ay Babami!

OBATALA: Te confié la vigilancia de mi ilé y te vendiste por un puñado de aguado y aguardiente. ¡Vete de mi ilé! Síguele los pasos a tu cómplice.(Osún sale silencioso.) Y tu mi fiel Elegua; te entregaré todos los caminos, los abrirás y cerrarás a tu antojo. Serás el que mejor guardes las encrucijadas de los hombres. Por toda el hambre que pasaste comerás primero que nadie.

ELEGUA: ¡Eres grande Babami! (Obatalá se sienta en su trono. Elegua sale al camino a vigilar. Queda una luz sobre Obatalá y otra sobre Orula.)

OBATALA: ¡Maldito el que no sepa distinguir entre el amor de la mujer y el de la madre!

ORULA: (Al público.) ¡Habló el Santo! (Apagón.)

Fin del Acto Primero.

SEGUNDO ACTO

Oscuro. Llanto de un bebé. En off lamentos de Iyemú. Luz a Orula.

ORULA: ¡Olofi sabe lo que hace! Si todos supieran porque pasan las cosas entonces Babami no sería tan grande! Después que pasó lo que tenía que pasar, debajo del velo se le hinchó la barriga a Iyemú. En medio de una tormenta con rayos y truenos nació Changó Olufina Obakosó Kisieko ma se a okaká okani bubaín kilense anó abó ebo koti kani kowo kabiosile Changó. (Luz a Obatalá en el trono.) Iyemú pensó que ablandaría el corazón de Obatalá Obáibo. (Entra Iyemú cubierta por el largo velo y le muestra el bebé a Obatalá.)

IYEMU: ¡Es tu sangre! ¡Tiene la marca de tus misterios en el cielo de la boca!

OBATALA: (Lo coge.) ¡Eso no hace ninguna diferencia! Prometí que si en este ilé nacía algún varón lo enterraría vivo al pie de Iroko la seiba.

IYEMU: (Forcejeando para quitárselo.) ¡No puedes hacer eso! ¡Es mi hijo y tu nieto! (Obatalá la tira al piso y sale. Iyemú llora desconsolada. Baja la luz.)

ORULA: Mientras que Obatalá Ibáibo hacía un hueco entre las raíces de Iroko, no se dio cuenta que puso a su nieto sobre un nido de hormigas bravas; ¡pero éste se reía! Un rayo incendió un almacigo y su nieto se metió contento en la candela. (Luz a Iroko. Obatalá de rodillas alza al bebé.)

OBATALA: Iroko esta es mi sangre pero lo persigue mi maldición! No quiero ni mirarlo para que no se me ablande el corazón. ¡Prometí lo que cumplo! ¡Ahí te lo dejo! (Lo pone entre sus raíces y sale. Llanto del bebé.)

ORULA: Cuando el niño se quedó solo se puso a llorar. Pero del cielo cayó un rayo que lo envolvió en llamas y se calló muy contento. (Sonido del mar. Entra Yemayá.) Yemayá Mayalewo Iya mi Yalode ore Iyami are kuara ma o yami Yalode awoyó Yemayá olodo awoyó Yemayá. (Al público.) ¡La Mayalewo que vive en los manantiales y se pasea por el monte cargada de misterios porque es bruja mayor!

YEMAYA: ¿Qué hace este omokenke abandonado? ¡Mira como se ríe! Debe de tener hambre. ¡Con su permiso Iroko! (Las ramas se agitan. Lo coge y le da a mamar de su seno.) Tu estás solo y yo estoy sola. ¡Seré tu madre! ¡Te llamarás Changó y como te encontré en la candela el fuego te pertenecerá! (Tambores y sale bailando ceremoniosamente cargando al bebé. Luz a Iyemú siempre cubierta.)

IYEMU: ¡Maldito seas Obatalá Ibáibo! Desterraste a Ogún y me arrebataste a mi otro hijo. ¿Esa es tu manera de hacer justicia? ¡Ay mis hijos! (Se lamenta. En el trono Obatalá se tapa los oídos.)

ORULA: El dolor y los lamentos de Iyemú hicieron lo suyo. ¡El corazón de Obatalá no pudo más! (Obatalá corre a Iroko.)

OBATALA: ¡Iroko devuélveme a mi nieto!

VOZ DE IROKO: ¡Yo no lo tengo! Cada vez que vienes te digo lo mismo.

OBATALA: ¡Y te lo voy a seguir diciendo! Te quieres quedar con él.

VOZ DE IROKO: ¡Yo no lo tengo!

OBATALA: ¡Es mi sangre! (La furia de Iroko desata el viento.)

VOZ DE IROKO: ¡No me provoques Obatalá Ibáibo! ¡Tu nieto no está conmigo!

IYEMU: ¡Ay mis hijos!

OBATALA: ¡Que castigo tan perro Olofi! (Sale entristecido.)

ORULA: Pasó el tiempo... Pero Olofi no descansa tejiendo la vida de los Orichas y los humanos. Un día...

YEMAYA: (Entrando.) Orula babalaocha del Ifá; déjame entrar a tu casa.

ORULA: ¡Blenvenida Yemayá Mayalewo! ¿Qué te trae por mi ilé?

YEMAYA: ¡Aquí está tu derecho! (Le da unas monedas.) ¡Que el caracol hable! No sé lo que está pasando; los pescadores sacan las redes vacías, el mar se desborda y arrasa con las siembras, ya nadie me echa patos al agua, no sé el tiempo que hace que no como unas bolas de gofio con melado, ni me recuerdo a qué sabe un fresco melón.

ORULA: (Tira los caracoles.) ¡Eyiabo-Eyeunle! Kirimo be ma pekakuruku leua ewena temitan tenichaché umbeleko Eyioko teloreko tenitán te mi che monimo lo te la ro koé. ¡Quien nace para cabeza no puede ser rabo! ¡Changó será el alafín de Oyó! ¡El fuego no puede vivir en el agua! Si quieres que todo se mejore tienes que devolver a Changó a sus padres!

YEMAYA: ¡Changó es mío!

ORULA: Y siempre lo será en su corazón y el tuyo. Pero es la sangre de Obatalá Ibáibo e Iyemú.

YEMAYA: ¡Me lo encontré abandonado!

ORULA: ¡Es la voluntad de Olorum! ¿No te das cuenta que fuiste una pieza más en este juego de la vida, que Babá mueve con misterios que se nos escapan? ¡Tú tenías que encontrar a Changó y hacerlo un hombre! Pero hasta aquí llega tu misión.

YEMAYA: ¡Cuando Olofi habla los demás escuchan! ¡Se me parte el corazón! (Sale.)

ORULA: Todavía está dejando dolor la imprudencia de Ogún. Los malos pasos persiguen para siempre. (Tambores. Luz roja a Changó que baila metido en el fuego.) Changó quería con locura a Yemayá pero sentía que le faltaba algo... Yemayá lo tenía todo el tiempo cobijado bajo sus siete sayas, metido en su ilé en el mar, sin dejar que se fuera de su lado. Pero Changó se moría por guerrear, bailar con los tambores batá, quemar pólvora, lanzar rayos, meterse en el fuego, beber aguardiente, tener una buena esposa. ¡Ya le picaba la carne! La verdad es que las siete sayas de Yemayá le parecían siete prisiones. Pero no se atrevía a romper el corazón de agua de Yemayá.

YEMAYA: (Entra y mira a Changó.) ¡Mi omokenke! Lo traje como una semillita y ya es un árbol. Hubiera querido que siempre se quedara como un niño... Pero sé que algún día la iyá tendrá que permitir el vuelo del crío. ¡Ay mi Changó! ¿Cómo podré vivir sin ti? (Mirando alrededor.) Pudiera ganar tiempo... Esconderte en una cueva en lo más profundo de mis abismos... Que los chichirikús del monte no dejaran a nadie acercarse... Rodearte de un fuego que te ocultara...

IYEMU: (Off.) ¡Ay mis hijos!

YEMAYA: Pero una madre sabe respetar el dolor de otra madre. (Mira al cielo.) Y el ojo de Olofi está por todas partes! ¡Aunque se me parta el corazón tengo que hacerlo!

CHANGO: ¿Qué pasa Iyá? Tu dolor apaga mi fuego.

YEMAYA: Tengo que confiarte un secreto... Algo que nunca hubiera deseado decirte. Pero Olodumare manda. ¡Tú no eres mi hijo!

CHANGO: ¡No juegues conmigo Iyá! ¿Quién me cambió la ropa, me dio a mamar de su leche, me cuidaba el sueño, me enseñó lo bueno y lo malo? Sólo una madre hace eso. ¡Yemayá Mayalewo es mi madre!

YEMAYA: Qué más no quisiera... Pero tu madre es Iyemú la que llora.

IYEMU: (Off.) ¡Ay mis hijos!

CHANGO: ¿Esa mujer que todos dicen que vive velada y llorando?

YEMAYA: Lloro por ti.

CHANGO: ¿Quién es mi padre?

YEMAYA: Obatalá Ibáibo el alafín.

CHANGO: ¡Soy hijo de un alafín!

YEMAYA: Te encontré entre las raíces de Iroko en pleno monte.

CHANGO: ¿Por qué me hicieron eso?

YEMAYA: ¡Eso lo saben ellos! Debes regresar a preguntárselo.

IYEMU: (Off.) ¡Ay mis hijos!

CHANGO: ¿Regresar a los que me botaron? (Estalla un potente trueno.)

YEMAYA: ¡Es la voluntad de Olofi! Si no lo haces continuarán las desgracias. Además lo he prometido. ¡Un omokenké no debe desobedecer a su Iyá!

CHANGO: ¡Está bien, pero para mí seguirás siendo mi madre!

YEMAYA: ¡Y para mí Changó es mi hijo! (Salen. Luz a la casa. Obatalá en el trono. Iyemú es confortada por Elegua.)

IYEMU: ¡Ay mis hijos!

ELEGUA: Iyá no me gusta verla sufrir. ¿Qué puedo hacer?

IYEMU: Tienes el corazón de oro Elegua. Nunca te di mucho cariño y mira cuánto cariño me devuelves. Olofi quiso que de mi vientre solitario al menos conservara tu tesoro. Pero es demasiado dolor la falta de tus hermanos. ¡Ay mis hijos!

OBATALA: Todos los días acudo al pie de Iroko y le reclamo mi sangre. Todos los días regreso con el corazón vacío. El tormento de Iyemú es el peor castigo a mi soberbia. ¡Maldijo el alafín olvidando que también era esposo y padre! ¿Si el que imparte la justicia se equivoca que le queda al mundo?

IYEMU: ¡Ay mis hijos!

ELEGUA: Viene alguien. Es Yemayá Mayalewo y viene acompañada. (Entran Yemayá y Changó.)

YEMAYA: Elegua aké ború aké boyé, tori toru la ye fi yorúare. ¡Déjame pasar Elegua! (Elegua la entra.)

OBATALA: ¡Mi casa siempre estará abierta para Yemayá Mayalewo!

IYEMU: ¡Ay Olofi! ¿Por qué tiemblo de esa manera?

CHANGO: ¡Así que tú eres Elegua Laroye! (Dándoselos.) Te traje unos juguetes. (Elegua los toma y se va a jugar a su sitio en las penumbras.) Y tú debes ser Iyemú la que llora. (Le besa el velo.)

IYEMU: ¡Me quema!

OBATALA: ¿Quién eres?

CHANGO: (Al trono.) ¡Changó Olufina Obakosó kisieko! ¡Yo como fuego y escupo palo! ¿Y tú?

OBATALA: ¡Obatalá Ibáibo el alafin y la justicia de estas tierras!

CHANGO: ¡Hasta la justicia se equivoca!

OBATALA: ¿Por qué me dices eso? ¿Quién es este irrespetuoso?

YEMAYA: Lo he traído para que él mismo te lo diga...

IYEMU: ¡Ay Olofi! ¿Podría ser...

CHANGO: Soy Changó Olufina Obakoso kabio sile; tu nieto!

IYEMU: ¡Bendito sea Olofi! ¡Hijo! (Va a él y lo abraza.)

YEMAYA: Lo desenterré entre las raíces de Iroko. Le he criado con leche de madre, cuidado como al oro. Ahora te lo devuelvo. ¡No me olvides Changó! (Sale.)

CHANGO: ¡Yemayá! ¡Yyami!

IYEMU: ¡Yo soy tu madre!

CHANGO: Yemayá también... Y nunca me abandonó...

IYEMU: ¡Ay hijo!

OBATALA: Esta es tu casa.

CHANGO: ¿Por qué me la quitaste?

OBATALA: (Mira a Iyemú que mueve la cabeza para que no lo diga.) ¿Podrás perdonarme?

CHANGO: ¿Por qué me abandonaron?

IYEMU: Este no es el momento Tendrás hambre hijo mío. Te voy a dar la sangre de un carnero y quimbombó con plátano. Ven. (Se lo lleva.)

OBATALA: ¡Haré ebbó para darte las gracias Olofi! (Apagón. Luz a Orula.)

ORULA: Changó fue la candela que iluminó la tristeza del ilé. Poco a poco se fue sintiendo el hijo que regresa. Se ganó el amor de Elegua, que fue feliz de volver a tener un hermano con quien jugar. Se ganó el amor de Obatalá Ibáibo que fue feliz. Se ganó el amor de Iyemú que todavía no era feliz. (Luz general.)

IYEMU: ¡Ay Ogún mi omokenke! Ya tengo a mi marido, tengo a Elegua, tengo a Changó. Pero la mesa tiene cuatro patas. No puedo ser feliz hasta que Ogún no regrese.

CHANGO: ¿Iyá por qué ese velo? ¿Por qué ese llanto? Ya me tienes a tu lado pero aun estás triste. Cada vez que te pregunto sólo encuentro silencio.

IYEMU: No quiero darte mis palabras sino cobijarte en mi amor.

CHANGO: Bajo el techo de este ilé vive algún secreto. Lo siento en mi piel...

IYEMU: Se me va a hacer tarde para hacerte el atole. (Elegua le hace señas y se lo lleva a las penumbras.)

IYEMU: En el silencio escondo mi pena, tras el velo escondo mi vergüenza, tras el lamento explota mi impotencia. ¡No vale la pena el pecado cuando el castigo es tan largo! No descansaré hasta tener a todos mis hijos baja mi techo. ¡Ay Ogún mi omokenke!

CHANGO: (Va al trono.) ¡Babá! ¿Es verdad lo que me contó Elegua? Tengo un hermano llamado Ogún que se atrevió a...

IYEMU: ¡Cállate Obatalá Ibáibo! No riegues más el odio.

OBATALA: ¿Le pides a la justicia que siga mintiendo?

IYEMU: ¡La justicia une no divide!

CHANGO: ¡Quiero saber la verdad! ¿Ogún abusó de su madre?

OBATALA: Es inútil que siga negándolo; lo repiten hasta los ñames en el conuco: ¡Ogún abusó de su madre!

IYEMU: ¡y...

OBATALA: Ahora ya lo sabes...

IYEMU: ¿Qué ganas con eso? Regar más la pólvora entre tus hijos. ¿Cuándo se va a sanar esa herida? Este ilé sólo respira odio. Necesita el aire del olvido y el perdón. Olvídalo Changó. ¡Ogún es tu sangre!

CHANGO: ¡Mi sangre no ofende a quien lo trajo al mundo!

OBAIALA: ¡Habló Changó Olufina!

IYEMU: ¿Vas a pagar un crimen con el crimen de dividir a dos hermanos?

CHANGO: ¡Ogún no es mi hermano!

IYEMU: ¿Estás satisfecho Obatalá Ibáibo? ¡Ay, Ogún mi omokenke! (Sale.)

ELEGUA: ¿Hablé demasiado?

CHANGO: ¡Hablaste lo justo!

OBATALA: Ustedes son los ojos de mi vejez. (Los abraza. Baja la luz. Luz a Orula.)

ORULA: Iyemú quería la voz del olvido, las palabras del silencio, la cura del tiempo. Pero cada mañana Obatalá Ibáibo le repetía a Changó la infamia de su hermano. A la tarde venía Iyemú a tratar de sanar la herida. Pero a la noche hasta las voces del monte...

VOCES: (Se escuchan los ruidos del monte.) ¡Ogún abusó de su madre, Oggún abusó de su madre...

ORULA: El monte, las lechuzas, el viento, las estrellas, la luna, las piedras, el río, los árboles; eran el eco de la palabra de Obatalá Ibáibo, que alimentaban el odio de Changó contra Ogún. Cuando ya tenía bastantes puñales en su corazón Changó no pudo más y le dijo a su padre... (Luz a ellos.)

CHANGO: ¡Ya soy un hombre! ¡Dame mis misterios!

IYEMU: (Se echa a los pies de Changó.) ¡Todavía eres un omokenké! No los necesitas. ¡No se los des Obatalá!

CHANGO: Los necesito para enfrentarme al mundo.

IYEMU: ¿Vas a dejarnos? ¡No lo permitas Obatalá!

OBATALA: ¡Cuando el pájaro echa alas... ¡Serás el Oricha del fuego, el trueno, el rayo, la pólvora, la guerra, las armas, los tambores batá, el baile! ¡Y podrás dormir en las palmas que serán tu ilé!

CHANGO: ¡Gracias Babá! Ahora puedo vengar la afrenta a tu nombre. ¡Iré al monte a retar a Ogún!

IYEMU: ¡Nooo... (Cae al piso lamentándose.)

OBATALA: Llévate mi espada cantadora, ponte tu capa roja y coge mi mejor caballo blanco.

CHANGO: ¡Obatalá Ibáibo es grande!

IYEMU: ¡Ay Changó, Ogún es tu hermano!

ELEGUA: Iré contigo abriéndote los caminos. (La besa.) Perdóname madre. (Salen.)

IYEMU: Tú eres sólo un pobre testigo. Pero tú Obatalá Ibáibo...

OBATALA: ¡No sabes como he esperado este momento! Mi brazo enclenque no pudo vergarse, pero la candela joven de Changó lo hará. ¡Olofi es grande! (Sale.)

IYEMU: (Se mira en el agua de la tinaja.) ¿De qué te sirvió ser casta y pura si terminaste haciendo lo que ni siquiera hacen las pachangaras; las rameras? ¿De qué te sirvió ser la más bella si hoy escondes tu vergüenza bajo los velos? El tiempo no cura

los malos recuerdos. (Huye por todo el escenario como perseguida.) ¡La mala memoria me persigue, me persigue, me persigue... (Cae desfallecida al piso.) Ya sé que jamás veré mi sangre unida. Olofi sabe que traté de ser una buena madre, de que no se rompiera mi familia. Quizás eso no me hace menos culpable. Al pagar la infamia con silencio hice una mala elección pero no lo sabía entonces. (Se levanta. Con frialdad resignada.) Conozco mi futuro y mi maldición. ¡Jamás levantaré el velo de mi bohorno! (Va entre las cazuelas.) ¡Mancharé mi blancura entre la ceniza de la cocina; ese será mi trono! (Toma un cuchillo.) ¡El silencio será mi palabra! (Levanta su velo y con un grito se corta la lengua. Apagón. Luz a Orula.)

ORULA: (Horrorizado se persigna. Ruidos del monte.) Ogún vivía en un bohío oculto en la más recóndita espesura del monte. (Se escucha el martillar del hierro.) Preso de su propia maldición trabajaba día y noche. (Luz a Ogún que entra con Osún y cae al suelo.)

OSUN: ¡Ki ki ri ki! ¡Ogún está en la tierra!

ORULA: Cuando descansaba se emborrachaba... Cuando despertaba lloraba... Un día lo venció la borrachera cuando pasaba por el cementerio, que era el ilé de los egungunes; los muertos servidores de Oyá... (Entra Oyá entre el sonido del viento moviendo sus siete pañuelos de colores.) ¡Oyá Yansa Orire omá lélu Oyé coyé cófieddno! (Oyá encuentra a Ogún, lo limpia con sus pañuelos, lo levanta y se lo lleva entre sus brazos.) Oricha guerrera de la centella, el viento, los siete colores, el camposanto, los muertos. Para acompañarse la soledad Ogún le pidió que fuera su mujer y viviera con él en el monte. Cansada de vivir entre egungunes, oyendo siempre el llanto de familiares adoloridos, oliendo a velas y flores que se secaban, perseguida por los rezos que no la dejaban dormir Oyá aceptó. Sin saber que la esperaban los mosquitos que perseguían su piel suave, los chichirikús del monte que se metían con ella, y en el cementerio los egungunes se lo hacían todo pero aquí tenía que trabajar desde el día hasta la noche. Y siempre sola pues Ogún se iba bien temprano para regresar con la luna. (Entra Oyá con una cazuela y se arrodilla a desgranar maíz.)

OYA: ¡Esto no es vida! Ogún se pasa el día en la fragua, regresa cansado a la noche y ni me da una caricia. Siempre está callado, triste, como si lo devorara por dentro una tristeza muy honda, se emborracha como si no quisiera pensar, y no me abre su corazón! Osún tú siempre has estado con él y lo conoces más que yo. ¿Qué devora el corazón de Ogún?

OSUN: ¡Ki ki ri ki! ¡Me retuercen el pescuezo! ¡Yo no sé, yo no sé! (Sale.)

OYA: ¡Soy joven! ¡Necesito que me quieran! (Canta tristemente. Por el camino entran Changó y Elegua.)

ELEGUA: ¡El bohío de Ogún!

CHANGO: ¡Me hierva la sangre el saberlo cerca! ¿Quién canta tan triste?

ELEGUA: Vamos a ver...

OYA: Me gustaría que sonara el tambor, que alguien me invitara al güemilere a bailar, sentirme libre de estas paredes solitarias: ¡Yo soy el viento, el tornado, el aire!
(Alegremente da vueltas desatando los sonidos del viento.)

CHANGO: ¡Me gusta esa mujer!

ELEGUA: No sabemos quién es.

CHANGO: ¡Me gusta como se mueve! ¡Tocaría los batás para ella! Haré lo que sea para conseguirla. (Hace como si tocara el tambor y se escuchan. Oyá bailando se va acercando al sonido.)

OYA: ¿Y esos tambores? (Oyá baila mientras busca de donde sale el sonido.)

ELEGUA: Escóndete y déjame a mí. (Changó se esconde.)

OYA: ¿Quién eres?

ELEGUA: Elegua Olufe. ¿Y tú?

OYA: Oyá Obinidodo.

ELEGUA: ¿Qué hace una mujer tan linda viviendo sola en el monte?

OYA: Vivo con Ogún Arere mi marido.

ELEGUA: (Mirando hacia donde Changó está escondido.) ¡Ogún Arere!

CHANGO: ¡La mujer que me gusta vive con mi enemigo! De un solo golpe voy a saciar mi deseo y mi venganza.

OYA: ¿Lo conoces?

ELEGUA: No, pero he oído que trabaja como nadie el hierro.

OSUN: (Entra.) ¡Ki ki ri ki! ¡Es Elegua! (Se esconde a escuchar.)

ELEGUA: Tu corazón no es feliz.

OYA: ¿Cómo lo sabes?

ELEGUA: Siempre estoy en las cuatro esquinas viendo pasar a todos y he aprendido a leer los caminos del corazón. El tuyo está triste.

OYA: Sí, no soy feliz.

ELEGUA: Porque tú quieres. Conozco a alguien que te haría muy feliz.

OYA: ¿Quién te crees que soy? ¡Tengo marido! ¡Puedo enredarte en el viento y desaparecerte bien lejos!

ELEGUA: ¡No siempre uno está al lado de quien más nos conviene! ¿Quién te crees que hizo sonar los tambores que te hicieron bailar? La cara se te llenó de alegría, olvidaste tus penas. Ese de quien te hablo eso y más te daría. Desde que te vio...

OYA: ¿De quién hablas? (Tambores. Changó sale de su escondite.)

CHANGO: ¡Changó Olufina Obakosó kabio sile!

OSUN: ¡Ki ki ri ki! ¡Esto no me gusta! Mejor le aviso a Ogún. (Sale. Changó envuelve a Oyá en su baile hasta que la arrastra a bailar con él convirtiéndose en un cortejo sensual.)

CHANGO: Te mereces algo mejor que bejucos y fango. Naciste para ser Señora Grande y que todos se tiren a tus pies. ¡Mira como los mosquitos se han atrevido a picarte esa piel de ébano tan suave, mira esa bamba roja esperando besos, esas caderas necesitando que la toquen como una guitarra, esas nalgas que invitan a la vida, vestirte con telas finas de siete colores, llenarte de caricias! ¡Eres tan bella como la noche Oyá!

OYA: ¡Y tú muy atrevido!

CHANGO: ¡Te quiero para mí! (Se escucha el grito guerrero de Ogún.)

OYA: ¡Ahí viene Ogún! ¡Mi marido es dueño de los hierros afilados que tienen sed de sangre!

CHANGO: ¡Changó Arere no le tiene miedo a ningún hierro! ¡Con mi candela los derrito!

OYA: ¡Vete!

CHANGO: ¡No sin ti! (Tras un forcejeo Changó se la echa al hombro y se la lleva entre sus gritos. Detrás Elegua mueve el garabato tras él mientras lo sigue.)

ELEGUA: ¡Que se cierren los caminos! (Entran Osún y Ogún con un machete. En off gritos de Oyá.)

OGUN: ¡Se roban a mi mujer! ¡Por aquí! ¡No, por aquí! ¿Qué pasa? ¡No veo el camino!

OSUN: ¡Elegua los cerró!

OGUN: ¡Con mi machete yo los abro! (Comienza a desbrozar el camino con el machete.) El corazón me dice que detrás de esto está la venganza de mi padre. Pero ya bastante he pagado mi culpa y no permitiré que me arrebaten a Oyá. ¡Iré hasta el mismo trono de Obatalá Ibáibo! ¡Esto es la guerra! (Tambores. Ogún va abriendo el camino. Osún le sigue apartando las ramas cortadas con las patas.)

ORULA: (Tapando los caracoles con el paño blanco.) ¡Que Olofi nos acompañe! (Apagón.)

Fin del Segundo Acto

TERCER ACTO

OSCURO. SE ESCUCHA LA RISA DE ELEGUA Y OYA. LUZ A LA CASA. ENTRA OYA JUGUETONAMENTE PERSIGUIENDO A ELEGUA, LO ATRAPA Y LE HACE COSQUILLAS. EN EL TRONO OBATALA Y A SU LADO CHANGO. IYEMU ESTA INMOVIL ENTRE LAS CENIZAS, EN EL VELO AL NIVEL DE SU BOCA HAY UNA MANCHA SANGRIENTA. LUZ A ORULA.

ORULA: Changó se ganó el corazón de Oyá. ¡Que poco hace falta para darle a una mujer lo que se merece! Oyá ganó el corazón de Obatalá Ibáibo. (Oyá acaricia a la inmóvil Iyemú.) Oyá trató de ganarse el corazón silencioso de Iyemú...

OBATALA: ¡Eres todo un hombre!

CHANGO: ¡Gracias Babá! Vengué tu nombre y ya tengo mujer.

OYA: Dicen que eres muy bella Iyemú... Que eras muy famosa por pura y casta. ¿Qué haces viviendo en la ceniza como un carbón apagado? ¿De qué te ocultas? ¿Por qué no hablas? Anoche escuché a los ñames hablando del ilé. No entendí muy bien de qué hablaban. Creo que bajo este techo hay muchos secretos de los que nadie quiere hablar. Ni Changó me quiere decir qué andaba haciendo en el monte. Bajo mi piel algo me hace sentir que estoy sentada en la pólvora lista a prenderse. (Iyemú no se mueve. Va a Elegua.) ¿Tú me quieres Elegua?

ELEGUA: ¡Mucho! Antes no tenía con quien jugar, nadie se reía en el ilé; todo eran llantos y maldiciones... ¡Pero desde que tú llegaste...

OYA: Entonces te volveré a preguntar; ¿cuál es el secreto que todos me ocultan? De nuevo te callas...

ELEGUA: (Mirando hacia el trono.) Le prometí a Babá... Y a Changó... Mejor no preguntes mucho... ¿No eres feliz en el ilé?

OYA: Más de lo que esperaba; Changó es un buen marido, Obatalá me regala su sabiduría, tú me alegras y aunque Iyemú es una sombra siento que no me rechaza.

ELEGUA: Entonces no necesitas saber más nada...

OYA: Es que a veces todos lucen tan tristes... No puedo sentirme tranquila viviendo entre misterios; escuchando el eco del monte diciendo cosas extrañas, los ñames hablan chismes y cuando me ven se callan... Si no confían en mí terminaré por sentirme una extraña. ¡Ayúdame Elegua!

ELEGUA: ¡No puedo Oyá!

OYA: Entonces ábreme el camino al ilé de Orula! ¡El caracol me dirá la verdad.

ELEGUA: La voz de la verdad puede doler mucho. En la ignorancia puede haber mucha sabiduría. ¡Deja todo como está!

OYA: Si no me ayudas lo sabré de todas maneras. Esta noche le preguntaré a los ñames, mañana al coco, después al eco, a los egungunes...

ELEGUA: ¡Te mostraré el camino al ilé del babalaocha! (Salen. Se escuchan tambores y ruidos de hierros. Entra Ogún blandiendo el machete.)

OGUN: ¡Devuélveme a mi mujer! (Iyemú se levanta al escucharlo.)

OBATALA: ¿Cómo te atreves

CHANGO: ¡Déjame a mí Babá! ¡Si eres tan hombre ven a buscarla!

OGUN: ¡Soy más hombre que tú!

CHANGO: ¡Los cojones de Changó son de fuego!

OGGUN: ¡Los cojones de Ogún son de hierro! ¡Aquí está mi machete!

CHANGO: ¡Aquí está mi espada! (Iyemú corre a detener a Changó. Obatalá la aguanta.)

OBATALA: ¡Te di el fuego! ¡Ahora puedes usarlo!

CHANGO: ¿Te crees que vas a triunfar en nuestra propia tierra? ¡El Alafín tiene miles de guerreros esperando por sus órdenes, sus súbditos no te dejarán esconderte, mi hermano Elegua te cerrará los caminos y yo podré cortarte en pedazos y echarte a la candela.

OGUN: (Vacila mirando alrededor.) ¡Regresaré y te haré morder la tierra como el majá! (Sale.)

CHANGO: (Agitando la espada.) ¡Yo soy Changó Olufina Obakosó kabio sile! (Sale tras él. Obatalá suelta a Iyemú que cae llorando al piso. Obatalá sube al trono mientras se escuchan los ruidos de la batalla entre Changó y Ogún. Iyemú se abraza a los pies de Obatalá para que la detenga pero éste alza victorioso el rabo de caballo. Baja la luz. Luz a Orula. Entran Oyá y Elegua.)

ELEGUA: ¡Babalaocha! Aquí te traigo a...

ORULA: ¡Oyá Yansá!

OYA: ¿Me conoces?

ORULA: ¡Oyá ayí lo de ayí me nó omí entí omo cué ayé. ¡Yo sé a lo que vienes!

OYA: ¡Pues que hable el Itá! Aquí tienes tu derecho. (Le da unas monedas. Orula tira los caracoles.)

ORULA: ¡Eyioko! Eyioko kini mó obi omofako nkán buruku egun ona temi tán temi echichó tó leri ko le mi mó mi ngba leko. ¡Flecha entre hermanos!

ELEGUA: (Poniendo el oído en la tierra.) ¡Hay guerra!

ORULA: ¡Combaten por ti Oyá! ¡Hermano contra hermano! ¡Hierro del mismo hierro!

OYA: ¡Qué estás hablando?

ORULA: ¡Changó y Ogún son hermanos!

OYA: ¡No puede ser!

ELEGUA: ¿No querías desenredar el secreto? ¡La misma sangre de mis venas!

OYA: ¿Por qué Ogún vivía en el monte y no en su ilé como todos?

ELEGUA: ¡Ogún se acostó con la Iyá como si fuera su mujer!

OYA: ¡Gran Olodumare! Ahora voy entendiendo... ¿Entonces yo soy simplemente una venganza de Changó?

ELEGUA: ¡No! Changó no sabía quién eras. Te vio y se enamoró.

ORULA: (Señalando los caracoles.) ¡Aquí hay cariño de corazón! (El fragor de la batalla se intensifica.)

OYA: ¡No puedo permitir que corra la misma sangre por mi! ¡Chango... (Sale apresurada seguida por Elegua.)

ORULA: (Al público.) ¡Siete días con siete noches llevan peleando Changó y Ogún! Se alimentan del odio y la venganza les afila los hierros. Si gana uno también gana el otro. ¡No hay para cuando acabar! (Cruza la escena Iyemú desesperada.) ¡Hasta la Iyá se metió entre los hierros calientes de los hermanos! Y no es que Iyemú no tenía lengua; con tanto odio ni Changó ni Ogún quisieron hacerle caso!

OYA: (Entra.) ¿Hasta cuándo el maldito grito de los hierros día y noche? Podría separarlos con una lluvia de centellas, un remolino de viento, mandarles los egungunes del cementerio... Pero quién soy yo para meterme entre hermanos, si ni el mismo Obatalá hace nada? (Abraza a Iyemú.) ¡Ay Iyemú! ¿Cómo terminará esto?

ELEGUA: (Entra y va al trono.) ¡Babami! La gente abandona los pueblos, nadie está sembrando, no hay animales para darle su sangre al Santo, no hay nadie que haga ebó, no hay nadie que rinda mo foribabe a los Mayores! El miedo cunde, la guerra entre los seguidores de Changó y Ogún está arruinando al reino. (Obatalá va a un extremo y mira.)

OBATALA: Nuevamente estoy pagando mi imprudencia. No pensé en las consecuencias.

ELEGUA: ¡Ninguna guerra es buena Babá! ¡Y cuando es entre hermanos...

OBATALA: Nadie más que yo que soy la paz debo saberlo. Me arrepiento de corazón. ¿Pero qué puedo hacer con este cuerpo tembloroso y viejo para poner fin a esa pelea?

ELEGUA: Quizás el odio entre Changó y Ogún no lo pueda detener nadie.

OBATALA: ¿Sólo quedará esperar por el vencedor?

ELEGUA: Y que arrasen con la tierra.

OBATALA: ¡La venganza nos destruirá a todos por igual! (Se tambalea y Elegua lo lleva al trono.)

OYA: ¡Nosotras haremos algo! (Toma a Iyemú de la mano y salen. El fragor de la batalla aumenta. Elegua se abraza a Obatalá con temor. La luz va bajando.)

OSUN: (Cruza la escena.) ¡Ki ki ri ki! Osún se va a otro reino. (Sale. Se escucha un canto ceremonial en las penumbras. Entran Iyemú y Oyá. Oyá tiene una tela blanca sobre la cabeza, ambas llevan unas velas encendidas. Se arrodillan ante Orula.)

OYA: Orumila buscamos la paz. Aquí están la madre y la esposa clamando por tu ayuda. Te suplicamos que nos ayudes. Tú eres la voz del caracol, el puente entre la tierra y el cielo.

ORULA: ¡Tu palabra me rompe el corazón! ¿Qué puedo hacer?

OYA: Ayúdanos a invocar al Gran Olodumare. Sólo tú tienes el misterio para hablarle. Olofi con su infinito poder puede poner fin a la guerra entre dos hermanos. ¡Te lo imploramos Bababaocha! (Se lanzan al piso llorando.)

ORULA: (Levantándolas.) ¿Desde cuándo Olodumare es sordo al clamor de los que sufren? (Se pone sobre los hombros una tela blanca, se coloca entre ellas que alcanzan las velas al cielo. Orula alza sus brazos.) ¡Olodumare ayuba! Bo wo ebe lese Olodumare ayuba bai yé bayé to nu. Ibayé bayé tonu lowó okú be lese Olodumare mo yuba. ¡Gran Padre de todas las cosas escucha mi ruego! Ven a nosotros en esta tierra pecadora que sufre.

OYA: Tú eres el origen de todo, tú creas y nosotros destruimos. No tengas en cuenta lo que hicimos sino que te pedimos perdón de todo corazón. ¡Olofi acaba con esos hierros!

ORULA: ¡Acaba con esos odios!

OYA-ORULA: ¡Olodumare! (Se escucha el rumor de la tierra. Del cielo desciende una gran luz deslumbradora. Los tres bajan las cabezas con reverencia.) ¡Olodumare escucha!

OYA: Babá de todas las cosas; termina la guerra entre Changó y Ogún! (Se escucha un formidable trueno. Cesa el sonido de la batalla.) ¡Olofi es grande! (Entran Changó y Ogún ensangrentados y exhaustos.)

CHANGO: ¡En medio de la pelea apareció una luz que nos envolvió y cargándonos en el aire nos trajo hasta aquí!

OGUN: A mí no me importa; aun tengo mi hierro!

CHANGO: ¡Y yo tengo el mío! (Alzan sus armas. Otro cegador fogonazo de luz. Ambos quedan con los brazos paralizados en alto mientras luchan para bajarlos.)

OYA: ¡Ciegos! ¿No se dan cuenta que es el mismo Olodumare?

VOZ DE OLOFI: ¡Que se haga la paz! (Se les caen las armas. Orula las toma y las pone en la estera. La fuerza divina los dobliega haciendo que Changó y Ogún se arrodillen.)

CHANGO-OGUN: ¡Babá Grande!

VOZ DE OLOFI: Changó y Ogún no podrán juntarse jamás; aunque la candela acompañe al hierro. Cada uno tomará su camino. Elegua los mantendrá separados. ¡Ay del que me desobedezca! (Se apaga la luz de Olofi. Luz general.)

ORULA: ¡Cuando Olofi habla los demás obedecen!

OGUN: Me marcharé bien lejos. Pero antes quiero hablar con a mi mujer. (Va a Oyá.) ¡El ilé nos espera!

OYA: ¡Jamás viviré con alguien que abusó de su madre! ¡Yo amo a Changó! (Abraza a Changó.)

ELEGUA: (Entra.) ¡Vete en paz Ogún! Ya has hecho bastante daño. Mira a tu madre; sucia, velada, con la lengua cortada por tu culpa.

OGUN: (Besa los pies de Iyemú.) ¡Perdóname Iyá! (Iyemú lo acaricia maternalmente.) ¡Infeliz del que no sepa controlarse la bestia que todos llevamos por dentro! (Sale. Changó abraza a Iyemú. Entra Obatalá.)

OBATALA: Yo también tengo que pagar mi culpa. ¡Perdóname Iyemú! (Besa sus manos.) Estoy viejo, cansado. Ya no distingo muy bien entre el bien y el mal. Me retiraré a vivir en los blancos campos de algodón. Changó, hijo mío; toma mi corona. (Se la pone.) ¡Changó Olufina Obakosó kabio sile es el nuevo alafin de Oyó (Lo abraza.) Sé justo y sabio, no dejes que el corazón mande a la cabeza. Tus súbditos esperan lo mejor de ti.

CHANGO: ¡Quédate Babá! (Obatalá abraza a Oyá y a Elegua, besa la estera de Orula y va saliendo pero se detiene frente a Iyemú, baja la cabeza, Iyemú saca una mano debajo del velo y le toma la suya y los dos salen.)

ELEGUA: Prefiero quedarme a vivir en el camino. Cuida bien de Oyá mi hermano.
(Sale.)

CHANGO: Levantaré otro castillo; este está lleno de malos recuerdos.

OYA: ¡Es tiempo para una nueva vida! (Salen. Baja la luz. Luz a Orula.)

ORULA: (Apaga las velas y comienza a recogerlo todo. Al público.) Piensa tres veces antes de hacer las cosas; después reza a Olofi. Piensa tres veces antes de hacer las cosas; después reza a Olofi. Piensa tres veces antes de hacer las cosas; después reza a Olofi.
(Sale. Tambores. Luz roja a Changó en el trono.)

FIN

LA HABANA-1-5-1959

NEW YORK-2-3-1996